

La calle
Diario de un espectador
Cien años de Frida Kahlo
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 5 de julio de 2007

Mañana hará cien años que nació Frida Kahlo, que en un raro fenómeno de vitalidad sigue vigente no sólo como pintora (que eso es un caso frecuente entre los artistas de legado imperecedero) sino como mujer consciente de su valor como tal, como persona a la que el dolor no doblegó, como ser humano agitado por tormentas interiores plasmadas en su pintura.

Su padre, un migrante húngaro dedicado a la fotografía, era un hombre acomodado que al comenzar el siglo pasado adquirió en un desarrollo urbano aledaño al pueblo de Coyoacán un predio, grande para los usos urbanos, de 800 metros cuadrados y sobre él hizo erigir una amplia residencia, llamada desde siempre La casa azul por el llamativo color con que fue pintada.

Allí nació el 6 de julio de 1907 una niña a la que se puso por nombre Magdalena Carmen Frida Kahlo Calderón. Pronto apareció en su vida la desgracia, pues sufrió un ataque de poliomielitis que afectó su movilidad, aunque no paralizó sus piernas sino sólo dejó una más delgada que la otra. Eso no impidió que desplegara una gran energía, que se manifestó en su propósito de estudiar una carrera en la Universidad nacional, a cuya escuela preparatoria comenzó a asistir, antes que a los cursos regulares, a otros fuera del plan de estudios dedicados sobre todo a mujeres que querían aprender a dibujar. Además de esos talleres, Frida aprendió el arte de grabar con el maestro Fernando Fernández, amigo de su padre, y quien fundaría un establecimiento de artes gráficas de larga vida.

Inquieta siempre, Frida corría por los pasillos de san Ildefonso y de allí iba a la flamante Secretaría de educación pública, situada en la calle de Argentina, a unos metros de la preparatoria. Un revolucionario de la pintura, un hombre obeso llamado Diego Rivera, que había vivido en París y vuelto para poner su arte al servicio del proletariado, pintaba en los muros de esa dependencia oficial, por encargo del secretario José Vasconcelos su concepción de la historia mexicana. Hasta el pie de su andamio llegaba Frida para expresarle su admiración, que más tarde se volvería amor. Pero mientras tanto se iniciaba en la vida, jugueteaba con su pandilla apodada Los cachuchas y practicaba el amor libre con el más inteligente muchacho de esa banda, el joven oaxaqueño de familia acomodada Alejandro Gómez Arias. Viajaban juntos de la Prepa, en el centro, a Coyoacán, cuando el 17 de septiembre de 1925 el tranvía que abordaron fue embestido por un camión. Frida quedó destrozada: la columna rota, costillas y cuello lastimados, un hombro fuera de lugar, un pie magullado. Lo peor fue que un manillar del tranvía se le encajó en el abdomen y llegó hasta la pelvis. Además de infinito sufrimiento físico (que se intentó remediar con 32 crueles operaciones), esa herida principal la imposibilitó de tener hijos.

Fue en su lecho del dolor donde se hizo pintora, no sólo al dominar la técnica sino al tener mensajes que emitir. Se casó con Diego Rivera el 21 de agosto de 1929 (se divorciarían en 1940 y reanudarían su vida conyugal un año después) y en esas dos etapas vivieron toda suerte de vicisitudes. Una que alcanzó dimensiones históricas comenzó cuando alojaron en su casa a León Trotsky, uno de los tres principales líderes de la revolución bolchevique, al que Stalin persiguió hasta hacerlo morir, precisamente en México y en circunstancias tales que Diego y Frida quedaron involucrados. El dirigente soviético vivió dos años exactos en la Casa Azul (lapso en que Frida y el huésped tuvieron un romance) y luego se mudó a otra residencia, donde hoy está el museo Trotsky. Allí lo alcanzó la garra homicida de Stalin y en la indagación policiaca quedó clara la ruptura política de Diego y el viejo revolucionario.